

SONATA PARA UN VIOLÍN ROTO

Josefina Solano

“Los niños hallan el todo en la nada; los hombres, la nada en todo.”

GIACOMO LEOPARDI

No hay nada más desangelado que el día en el que alguien comienza a rememorar el tiempo de una historia puesta en las viejas fotos de los portarretratos, y en un montón de zapatos lustrosos con los que se ha caminado por la existencia, y que ya no servirán para nada. Suelen ser días con olor a humedad y frío. Transcurren horas en que la turbia luz del día mancha de sombras los sueños que no alcanzaron el final. Los minutos se apuran entre un whisky que moja el silencio y cigarrillos que intoxican de nicotina el recuerdo.

-Este es Ovidio Ludwig, tiene cinco años y ya es un experto conocedor de los grandes maestros de la música clásica. A ver, Ovidio, mira a esa cámara y dile a nuestros espectadores donde y cuando nació Beethoven

-Nació en Bonn, el 16 de diciembre de 1770 y murió en Viena el 26 de marzo de 1827

Ovidio Ludwig, acodado en la barra de un bar, reparó de nuevo, mientras recordaba su primera intervención televisiva, en que su vida había sido un proyecto diseñado para fundar un héroe que con los años sólo generó descrédito y olvido. Sabía que no había nada más desacertado que crear planes de existencia porque nada solía salir según lo previsto. Ahora había pasado a ser un hombre de carne y hueso con las hazañas gastadas, el pelo ribeteado de blanco y el corazón maltratado por la costumbre de ser infeliz.

-¿Sabrías decirnos alguna de las composiciones de Beethoven?

-Las Nueve Sinfonías

-¡Genial, pequeño! ¿Y si te pregunto por Chopin?

-Nació en Zelazowa Wola, Polonia, el 1 de marzo de 1810 y murió en París el 17 de octubre de 1849. Compuso: Variaciones sobre un tema de Don Giovanni, Allegro vivace ...

-Ya veo que te lo sabes bien

La voz nasal de aquel locutor, que olía a tabaco y desaliento, resonaba en su memoria con el martilleo de una cantinela mil veces repetida. Su padre lo había llevado a la televisión para que recitara todo lo que le había enseñado sobre música clásica. Dotado de una memoria prodigiosa, Ovidio no había tardado en aprender los nombres, obras, fechas y lugares de nacimiento y defunción de los grandes maestros.

Tras el primer éxito público, un impulso entre glorioso y bestial había guiado a su progenitor a convertirlo en un pequeño genio que se paseaba por todos los platós y radios del país. Con una elocuencia, inaudita para su edad, concedía entrevistas a los medios de comunicación más prestigiosos y cuando aprendió a tocar el violín, con tan sólo seis años, su nombre resonaba en boca de todos como el niño prodigio de la música clásica.

Su padre lo había empujado a la responsabilidad de ser doblemente hombre: artista intachable y persona recta, prohibiéndole gozar de la infancia.

Ya su madre se había pasado todo el embarazo escuchando óperas, oberturas, sinfonías, sonatas y todo tipo de piezas musicales, alentada por la creencia de su marido de que un feto, amaestrado por acordes armónicos, generaría un melómano excepcional. Al nacer le añadieron, por exclusivo deseo paterno, el sobrenombre de Ludwig en homenaje a Beethoven, y colgaron en la cuna una pequeña radio en la que sonaba gradualmente egregias melodías: Mozart, Bach, Vivaldi, Mendelssohn, Wagner, Dvorak, Tchaikovski, Mahler, Strauss...

Si la madre en alguna ocasión dejaba al bebé sin música, se sucedían las reprimendas del marido que vociferaba como un poseso echándole en cara la ruptura metódica del plan. Luego murmuraba no se sabe qué terribles maldiciones en las que sólo era inteligible la palabra "vergüenza", y ponía la radio a todo volumen como queriendo recuperar el espacio muerto del silencio.

Cuando Ovidio Ludwig empezó a hablar -contaba un año de vida- se inició el aprendizaje memorístico de la biografía de los compositores. El niño no

tuvo oportunidad de asustarse con el Coco que según su padre era un estúpido monstruo inventado por viejas ociosas; ni de creer en el País de Nunca Jamás o el reino de Oz, espacios fantasiosos de escritores necios; ni de alegrarse con los Reyes Magos que eran, tal pregonaba el dictamen paterno, tres mequetrefes disfrazados para engañar a los niños mentecatos. Don Ovidio nunca aceptó que la infancia era la única etapa de la vida en la que cualquiera merecía ser acreedor del máximo respeto, en la infancia la inocencia estaba libre de toda sospecha. Creó un mundo ideal que no fue más que la forja de un fracaso. No enseñó a su hijo que la música del violín no podía ser el más grande de los silencios, que la música era gozo, complacencia, belleza.

Inmerso en estos pensamientos Ovidio Ludwig salió del bar. La húmeda niebla que pesaba sobre Madrid llenaba todas las cosas de un color sucio y monótono. Mientras caminaba buscaba un espacio donde encajar los desatinos de su padre. Sin embargo no se le ocultaban sus rasgos de egoísmo, crueldad y vanidad que suscitaban un íntimo desprecio. No sentía el ridículo sino la humillación de no haber existido para él como un niño. Nunca tuvo derecho a meterse en los charcos, a patear un balón, o a mancharse la camisa con helado de chocolate como sus compañeros de colegio. Le resultaba pasmoso que desde sus primeros años le hubiera enseñado a distinguir las risas que sonaban falsamente de las risas limpias; de que le hubiera instruido en que había miradas hirientes como un disparo, y palabras que taladraban la memoria hasta herirla. A cada paso se daba cuenta de que la oportunidad de tocar el cielo le había sido arrebatada. Ahora, ya hombre, jamás podría alcanzar aquel espacio perteneciente tan sólo a la niñez donde el deber de ser feliz le fue arrebatado impunemente.

Eran las ocho cuando entró en el edificio en el que vivía. Atravesó el pasillo largo y estrecho como un túnel. Cruzó el patio mojado y abrió la puerta de casa tras subir una pequeña escalera. Se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo. Hizo un repaso de todas las fotos que había sobre las estanterías, y se detuvo en aquella en que su madre sonreía a una cámara por última vez. En sus pupilas había una expresión que estimó de una extraña afinidad con el miedo. Parecía mirar algo opaco, helado. Un temblor oscuro se había quedado en el fondo de sus ojos. Desde siempre había visto en ella la pérdida de entusiasmo por vivir, no siendo espectadora era una actriz sin actos. Caía en la

vida como un espejismo de sí misma, como la sombra de un marido autoritario que estaba convirtiendo a su hijo en otra marioneta sin que ella pudiera impedirlo. Por eso decidió, en un arrebatado de impotencia, escapar del lado de los vivos.

Ovidio encontró a su madre, tumbada en la cama, junto a varios frascos de pastillas. La llamó reiteradas veces para que despertara, la besó con insistencia, le tiró suavemente del pelo intentando alguna reacción. Todo fue inútil. Empezó a presentir desde aquel instante que la muerte era algo sordo y silencioso que se transmitía como una vibración. Tenía sólo siete años pero ya pudo darse cuenta del límite restringido, de los minutos inertes, del absurdo alboroto de las quejas y el llanto cuando ya no era posible traerla al otro lado. La tristeza por vez primera le mordía con saña, se colaba hasta la sangre, hasta lo más hondo del corazón. Aquel mundo desconocido, hecho de mudez y letargo, lo había sorprendido como una lluvia repentina. Qué manera tan extraña tenía su madre de decirle a la vida que ya no estaba, que todos sus besos le sobraban. Al niño le costaba aceptar aquel estado de quietud, aquellas miradas muertas, aquella escarcha lenta que caía sobre sus labios entumeciéndolos para siempre. Cuando acariciaba a escondidas los juguetes, que ella le había comprado y que su padre no le dejaba utilizar, notaba una sensación amarga como si un puño le estrujara el pecho y el corazón se le quedara engarrotado, inmóvil, y doliente. La muerte era una música ahogada, una sinfonía que nunca podría ser ejecutada en su violín.

Ovidio Ludwig aplastó el cigarrillo en el cenicero, y pensó en todas las mujeres muertas que, como su madre, llevaban temblor en los ojos, y por dentro una soledad que se quedaba sin medidas de tan grande.

Se asomó por la ventana y trajo a la memoria el día en que su padre se fue para no regresar nunca. Acababa de cumplir quince años. Ya era demasiado mayor para ir de programa en programa recitando vidas y anécdotas de músicos célebres acompañadas de un repertorio de violín. Ahora era un adolescente larguirucho y pálido que nunca conseguiría una audiencia aceptable en los medios televisivos, ni un aforo completo en los teatros donde antes había llenado.

Don Ovidio había dilapidado en casinos y burdeles el dinero de su hijo. Cuando se cercioró de que no podía sacársele más partido al genio se marchó

mirándolo con rencor, diciéndole que había desaprovechado todos sus esfuerzos por convertirlo en un gran músico.

Aquel día Ovidio Ludwig comprendió del todo que su padre había construido una fortaleza inexpugnable de mentiras, se había amurallado dentro de ella y jamás saldría a combatir a campo abierto. Se marcharía a algún lugar a levantar otra historia que lo redimiera de un fracaso que nunca aceptaría como propio.

El muchacho se fue a vivir con su tía Magdalena y empezó a trabajar como aprendiz de mecánico en un taller de coches. Estuvo allí ocho años, y luego montó su propio negocio de reparación de automóviles. Ya nadie se acordaba de aquel niño pizpireta e ilustrado que a los seis años tocaba el violín y era capaz de cifrar con absoluta precisión el año de nacimiento o muerte de cualquier compositor clásico. Su historia de ídolo infantil se había quedado en las viejas fotos de los portarretratos que llenaban los estantes. Sus zapatos ya no tenían el lustre de los héroes. Pero seguía diciéndose a sí mismo que había otra realidad, otras ilusiones, otras personas, que no todo podía acabar en un error. Siempre existían otras verdades detrás, que era preciso buscar confiando en la propia capacidad para encontrarlas. La música era algo maravilloso. La música no era un mero espectáculo, era vida, era espíritu, era felicidad.

Al otro lado de la ventana, la noche húmeda se precipitaba sobre Madrid. Sonó el timbre de la puerta. Al abrir su hijo Andrés, de cinco años, saltó sobre él para encaramarse a su cuello. Regresaba con su madre de una fiesta del colegio. Ovidio escuchó atentamente todo lo que el niño le contaba sobre lo acaecido durante la tarde. En los ojos del pequeño vio que los sueños de la niñez no alcanzaban término, y que soñar era vivirse en muchas dimensiones. Nadie recordaría a su hijo como lo recordaban a él, del mismo modo que se recuerdan las cicatrices o los tatuajes. Nunca permitiría que, siendo niño, la suerte tuviera la forma del obstáculo, de la herida, del corazón cercado, conforme a un plan determinado por los otros.

Andrés fue a la habitación del fondo y trajo el violín para que su padre tocara. Una de las cuerdas estaba partida. El niño frunciendo el entrecejo dijo:

-Papi, el violín se ha roto ¿Ya nunca más saldrá música de él?

Ovidio Ludwig cogió el arco y arrancó música al instrumento. El pequeño sonrió campechano. Su padre supo al punto que nunca olvidaría aquel día

mágico de invierno en que escuchó, cuando era todavía niño, la sonata compuesta para un violín roto.

JOSEFINA SOLANO MALDONADO